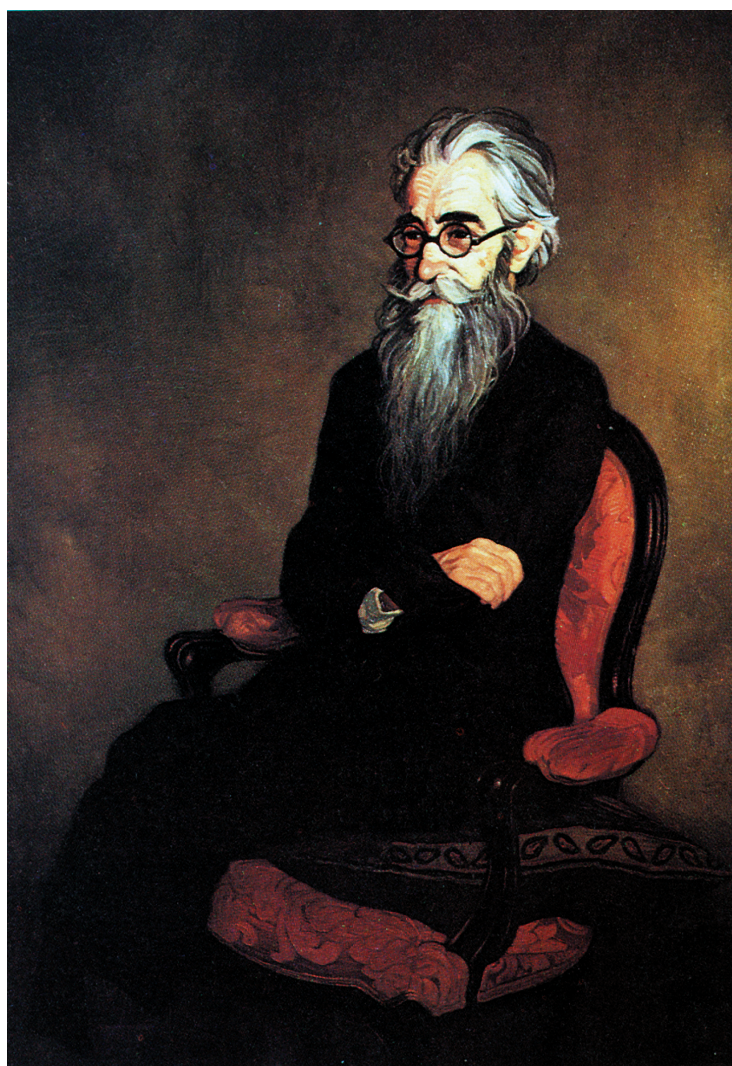


La biblioteca tenía tres puertas que daban sobre una terraza de mármol. En el jardín las fuentes repetían el comentario voluptuoso que parecen hacer a todo pensamiento de amor, sus voces eternas y juveniles. Al inclinarme sobre la balaustrada, yo sentí que el hálito de la Primavera me subía al rostro. Aquel viejo jardín de mirtos y de laureles mostrábase bajo el sol poniente lleno de gracia gentilica. En el fondo, caminando por los tortuosos senderos de un laberinto, las cinco hermanas se aparecían con las faldas llenas de rosas, como en una fábula antigua. A lo lejos, surcado por numerosas velas latinas que parecían de ámbar, extendíase el Mar Tirreno. Sobre la playa de dorada arena morían mansas las olas, y el son de los caracoles con que anunciaban los pescadores su arribada a la playa, y el ronco canto del mar, parecían acordarse con la fragancia de aquél jardín antiguo donde las cinco hermanas se contaban sus sueños juveniles, a la sombra de los rosáceos laureles.

Se habían sentado en un gran banco de piedra a componer sus ramos. Sobre el hombro de María Rosario estaba posada una paloma, y en aquel cándido suceso yo hallé la gracia y el misterio de una alegoría. Tocaban a fiesta unas campanas de aldea, y la iglesia se perfilaba a lo lejos en lo alto de una colina verde, rodeada de cipreses. Salía la procesión, que anduvo alrededor de la iglesia, y distinguíanse las imágenes en sus andas, con los mantos bordados que brillaban al sol, y los rojos pendones parroquiales que iban delante, flameando victoriosos como triunfos litúrgicos. Las cinco hermanas se arrodillaron sobre la yerba, y juntaron las manos llenas de rosas.

Los mirlos cantaban en las ramas, y sus cantos se respondían encadenándose a un ritmo remoto como las olas del mar. Las cinco hermanas habían vuelto a sentarse: Tejían sus ramos en silencio, y entre la púrpura de las rosas revoloteaban como albas palomas sus manos, y los rayos del sol que pasaban a través del follaje, temblaban en ellas como místicos haces encendidos. Los tritones y las sirenas de las fuentes borboteaban su risa quimérica, y las aguas de plata corrían con juvenil murmullo por las barbas limosas de los viejos monstruos marinos que se inclinaban para besar a las sirenas, presas en sus brazos. Las cinco hermanas se levantaron para volver al Palacio. Caminaban lentamente por los senderos del laberinto, como princesas encantadas que acarician un mismo ensueño. Cuando hablaban, el rumor de sus voces se perdía en los rumores de la tarde, y sólo la onda primaveral de sus risas se levantaba armónica bajo la sombra de los clásicos laureles.

Cuando penetré en el salón de la Princesa, ya estaban las luces encendidas. En medio del silencio resonaba llena de gravedad la voz de un Colegial Mayor, que conversaba con las señoras que componían la tertulia de la Princesa Gaetani. El salón era dorado y de un gusto francés, femenino y lujoso. Amorcillos con guirnaldas, ninfas vestidas de encajes, galantes cazadores y venados de enramada cornamenta poblaban



Ramón M.ª Valle-Inclán.

la tapicería del muro, y sobre las consolas, en graciosos grupos de porcelana, duques pastores ceñían el florido talle de marquesas aldeanas. Yo me detuve un momento en la puerta. (...)

Todos guardamos un silencio triste. Dos señoras ancianas, las dos vestidas de seda con noble severidad, interrogaban a un mismo tiempo y con la misma voz:

-¿No hay esperanzas?

La Princesa suspiró:

-No las hay... Solamente un milagro.

De nuevo volvió el silencio. En el otro extremo del salón las hijas de la Princesa bordaban un paño de tisú, las cinco sentadas en rueda. Hablaban en voz baja las unas con las otras, y sonreían con las cabezas inclinadas: Sólo María Rosario permanecía silenciosa, y bordaba lentamente como si soñase. Temblaba en las agujas el hilo de oro, y bajo los dedos de las cinco doncellas nacían las rosas y los lirios de la flora celeste que puebla los paños sagrados. De improviso, en medio de aquella paz, resonaron tres aldabadas. La Princesa palideció mortalmente: Los demás no hicieron sino mirarse. El Colegial Mayor se puso en pie:

-Permitirán que me retire: No creí que fuese tan tarde... ¿Cómo han cerrado ya las puertas?

La Princesa repuso temblando:

-No las han cerrado.

Y las dos ancianas vestidas de seda negra susurraron:

-¡Algún insolente!

Cambiaron entre ellas una mirada tímida, como para infundirse ánimo, y quedaron atentas, con un ligero temblor. Las aldabadas volvían a sonar, pero esta vez era dentro del Palacio Gaetani. Una ráfaga pasó por el salón y apagó algunas luces. La princesa lanzó un grito. Todos la rodeamos: Ella nos miraba con los labios trémulos y los ojos asustados. Insinuó una voz:

-Cuando murió el Príncipe Filipo, ocurrió esto... ¡Y él lo contaba de su padre!

En aquel momento el Señor Polonio apareció en la puerta del salón, y en ella se detuvo. La Princesa incorporose en el sofá, y se enjugó los ojos: Después con noble entereza, le interrogó:

-¿Ha muerto?

El mayordomo inclinó la frente:

-¡Ya goza de Dios!

Una onda de gemidos se levantó en el estrado. Las damas rodearon a la Princesa, que con el pañuelo sobre los ojos se desmayaba lánguidamente en el canapé, y el Colegial Mayor se santiguó.

**VALLE-INCLÁN, R. M<sup>a</sup> del.**

*Sonata de Primavera.*

Col. Austral. Espasa-Calpe, S.A.



Llegaron los dos primos a una barriada miserable y pequeña.

Ésta es la Casa del cabrero -dijo Vidal-; aquí están los socios.

Efectivamente; se hallaba acampada toda la piratería. Allí conoció Manuel al Bizco, una especie de chimpancé, cuadrado, membrudo, con los brazos largos, las piernas torcidas y las manos enormes y rojas.

-Éste es mi primo -añadió Vidal, presentando a Manuel a la cuadrilla; y después, para hacerle más interesante, contó cómo había llegado a casa con dos chichones inmensos producidos en lucha homérica sostenida contra un hombre.

El Bizco miró atentamente a Manuel, y viendo que Manuel le observaba a su vez con tranquilidad, desvió la vista. La cara del Bizco producía el interés de un bicharraco extraño o de un tic patológico. La frente estrecha, la nariz roma, los labios abultados, la piel pecosa y el pelo rojo y duro, le daban el aspecto de un mandril grande y rubio.

Desde el momento que llegó Vidal, la cuadrilla se movilizó y anduvieron todos los chicos merodeando por la Casa del Cabrero.

Llamaban así a un grupo de casuchas bajas con el patio estrecho y largo en medio. En aquella hora de calor, a la sombra, dormían como aletargados, tendidos en el suelo, hombres y mujeres medio desnudos. Algunas mujeres en camisa, acurrucadas y en corro de cuatro o cinco, fumaban el mismo cigarro, pasándoselo de una a otra y dándole cada una su chupada.

Pululaba una nube de chiquillos desnudos, de color de tierra, la mayoría negros, algunos rubios de ojos azules. Como si sintieran ya la degradación de su miseria, aquellos chicos no alborotaban ni gritaban.

Unas cuantas chiquillas de diez a catorce años charlaban en grupo. El Bizco y Vidal y los demás las persiguieron por el patio. Corrían las chicas medio desnudas, insultándoles y chillando.

El Bizco contó que había forzado algunas de aquellas muchachitas.

-Son todas puchereras, como las de la calle de Ceres -dijo uno de los piratas.

-¿Hacen puchereros? -preguntó Manuel.

-Sí; buenos puchereros.

-Pues ¿porqué son puchereras?

-Pu... lo demás -añadió un chico haciendo un corte de mangas.

-Que son zorras -tartamudeó el Bizco-. Pareces tonto.

Manuel contempló al Bizco con desprecio, y preguntó a su primo:

-¿Pero esas chicas?

-Ellas y sus madres -repuso Vidal con filosofía-. Casi todas las que viven aquí.

Salieron los Piratas de la casa de Cabrero, bajaron a una hondonada, después de pasar al lado de una valla alta y negra, y por en medio de Casa Blanca desembocaron en el Paseo de Yeserías.

Se acercaron al Depósito de cadáveres, un pabellón blanco próximo al río, colocado al comienzo de la Dehesa del Canal. Le dieron vuelta por si veían por las ventanas algún muerto, pero las ventanas estaban cerradas.

Siguieron andando por la orilla del



Pío Baroja

Manzanares, entre los pinos torcidos de la Dehesa. El río venía exhausto, formado por unos cuantos hilillos de agua negra y de charcos encima del barro.

Al final de la Dehesa de la Arganzuela, frente a un solar espacioso y grande, limitado por una valla hecha con latas de petróleo, extendidas y clavadas en postes, se detuvo la cuadrilla a contemplar el solar, cuya área extensa la ocupaban carros de riego, barrederas mecánicas, bombas de extraer pozos negros, montones de escobas y otra porción de menesteres y utensilios de la limpieza urbana.

A uno de los lados del solar se levantaba un edificio blanco, en otra época iglesia o convento, a juzgar por sus dos torres y el hueco de las campanas abierto en ellas.

Anduvo la cuadrilla husmeando por allí; pasaron los chicos por debajo de un arco, con un letrero, en donde se leía: “Depósito de Caballos Padres”; y por detrás del edificio, con trazas de convento, llegaron cerca de unas barracas de esteras sucias y mugrientas: chozas de aduar africano, construidas sobre armazón de palitroques y cañas.

El Bizco entró en una de aquellas chozas y salió con un pedazo de bacalao en la mano.

Manuel sintió un miedo horrible,

-Me voy -dijo a Vidal.

-¡Anda éste!... -exclamó uno con ironía-. Pues no tienes tú poco sorullo.

De pronto otro de los chicos gritó:

-A najarse, que viene gente.

Echaron todos los de la cuadrilla a correr por el Paseo del Canal, atravesando un campo de rastrojo, entraron todos por una callejuela en la plaza de las Peñuelas; luego, por otra calle en cuesta, subieron al Paseo de las Acacias.

Entraron en el Corralón. Manuel y Vidal, después de citarse con la cuadrilla para el domingo siguiente, subieron la escalera hasta la galería de la casa del señor Ignacio, y cuando se acercaron a la puerta del zapatero oyeron gritos.

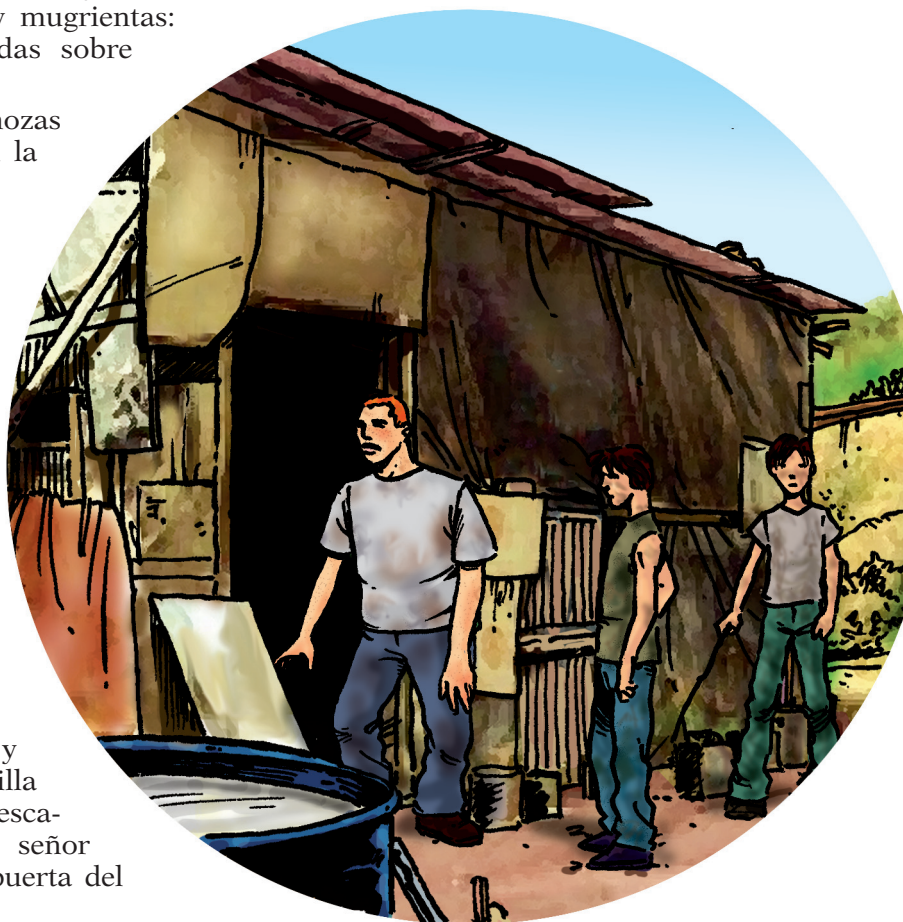
-Padre está zurrando a la vieja -murmuró Vidal-. Lo que haya hoy que jamar aquí, pa el gato. Me marchó a acostar.

-Y yo, ¿cómo voy a la otra casa? -preguntó Manuel.

-No tienes más que seguir la Ronda hasta llegar a la escalera de la calle del Águila. No hay pérdida.

Manuel siguió el camino indicado. Hacía un calor horrible; el aire estaba lleno de polvo: jugaban algunos hombres a los naipes a las puertas de las tabernas, y en otras, al son de un organillo, bailaban abrazados.

Cuando llegó Manuel frente a la escalera de la calle del Águila, anochecía. Se sentó a descansar un rato en el Campillo de Gil Imón. Veíase desde allá arriba el campo amarillento, cada vez más sombrío con la proximidad de la noche, y las chimeneas y las casas, perfiladas con dureza





en el horizonte. El cielo azul y verde se inyectaba de rojo a ras de tierra, se obscurecía y tomaba colores siniestros, rojos cobrizos, rojos de púrpura.

Asomaban por encima de las tapias las torrecitas y cipreses del cementerio de San Isidro; una cúpula redonda se destacaba recortada en el aire; en su remate se erguía un angelote, con las alas desplegadas, como presto para levantar el vuelo sobre el fondo incendiado y sangriento de la tarde.

Por encima de las nubes estratificadas del crepúsculo brillaba una pálida estrella en una gran franja verde, y en el vago horizonte, animado por la última palpitación del día, se divisaban, inciertos, montes lejanos.

**BAROJA, P.** *La busca.*  
Caro Raggio: Editor



### Actividades

1. Compara los dos textos propuestos como ejemplo de dos manifestaciones finiseculares portadoras de diferentes estéticas y objetivos comunicativos.
  - 1.1. Analiza y comenta los dos contextos espaciales y ambientales que sirven de marco para la acción narrada en los dos textos.
  - 1.2. Explica cómo son los personajes de los dos fragmentos, relacionalos con el ambiente y la sociedad a la que pertenecen. Razona sobre la naturaleza de todos esos personajes y la necesidad de ser expresados literariamente en estilos diferentes.
  - 1.3. Analiza las referencias cromáticas y luminosas en los dos textos y relacionalas con ambientes y sentimientos.
  - 1.4. Relaciona el ambiente y los personajes de *La busca* con los sentimientos y preocupaciones de la Generación del 98.
  - 1.5. Fijándote en los detalles descriptivos de los dos textos ( del jardín y las cinco hermanas, lo que se ve a lo lejos desde la balaustrada del Palacio Gaetani, el interior del salón, las hermanas bordando, la Casa del Cabrero y los lugares por donde merodean la cuadrilla, el Bizco, Madrid desde el Paseo del Canal, el paisaje desde la escalera de la calle del Águila observado por Manuel), explica la utilización que Valle-Inclán y Baroja hacen de las tendencias estéticas de fin de siglo: Parnasianismo, decadentismo, simbolismo, impresionismo, expresionismo.
  - 1.6. Fíjate en el tipo de narrador utilizado por cada autor y explica la perspectiva desde la que narra.
  - 1.7. Responde: ¿En cuál de los dos relatos hay más acción? Explica tu reflexión sobre sus diferencias de ritmo narrativo.